

Daniel Kehlmann

LA NOCHE DEL ILUSIONISTA

Traducción del alemán

Helena Cosano

 NOCTURNA  
EDICIONES

Título original: *Beerholms Vorstellung*

© de la obra: Deuticke im Paul Zsolnay Verlag, Wien 1997

© de la traducción: Helena Cosano, 2015

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna Ediciones: mayo de 2015



La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Goethe-Institut,  
el cual está financiado por el Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania.

Preimpresión: PARIMPAR, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: FA

ISBN: 978-84-943354-2-6

Depósito Legal: M-10646-2015

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

«Un juego así exige reflexión. Creer a un ilusionista es signo de estulticia. Al igual que lo es la absoluta incredulidad, que él sabe utilizar y volver contra ti. Por lo tanto, recuerda: desconfiar de él es la sabiduría de los necios. Sin embargo, aun ante la desconfianza, mantener la prudencia es la necedad de los sabios. Pues de ambos surge la confusión. Sea cual sea el camino que elijas, ganará el ilusionista».

GIOVANNI DI VINCENTIO,  
*Del arte de la ilusión*

«Así pues, la magia incluye toda la filosofía, la física y la matemática, además de las fuerzas de la fe religiosa».

AGRIPPA VON NETTESHEIM,  
*De la vanidad de las ciencias*

## I

¡Qué extraña nuestra pasión por las vistas elevadas! Cualquier paisaje que se asemeje a mecanos usados cobra interés cuando se mira desde arriba. Basta que haya una colina para que la gente se precipite a su cima. Y si alguien les exige una entrada, la pagan.

Por eso existen las torres. Y sobre las torres, las terrazas panorámicas. Y en las terrazas, mesas y sillas y café y bocadillos y pasteles a precios excesivos. Pero la gente acude. Con mirar alrededor es suficiente: todas las mesas ocupadas, hombres y mujeres, regordetes o delgaduchos, y entre ellos, niños, muchos, demasiados niños. ¡Cuánto ruido! Pero uno se acostumbra. Y fíjate lo cerca que parece el cielo azul oscuro. Alrededor del sol se va tiñendo de un color blancuzco e irreal. Debajo, la ciudad veteada de calles repletas de coches como hormigas centelleantes. Aquí y allá se eleva con sus torres luminosas. Entre estas, una profusión de cubos, algunos mortecinos y otros con un brillo singular. Pero la ciudad no se extiende lejos. Su horizonte está cercado por colinas de un verde claro: hoy no hay mucha visibilidad, seguro que va a llover. Debería darme prisa.

Empecemos, pues. ¿Por dónde? Por donde comienza todo, mejor. Y luego, paso a paso, siguiendo el curso del tiempo. ¡Sin explicaciones! Si las tuviera, no estaría aquí; y si supiera algo, no haría lo que voy a hacer. Aún no sé cuánto va a durar esto, pero llegará un momento, pronto, en el que también esto tocará a su fin.

Al principio, sólo colores. Sobre todo naranja, un verde acuoso, un azul claro, muy claro. Y en el suelo, un blanco puro, brillante, más limpio que la nieve virgen o que unas cortinas recién lavadas, de un color irreal. Ya lo sé: se dice que los recién nacidos no perciben los colores. Bueno, ¡quizá sea así! Tal vez sean los colores una ilusión óptica de mis recuerdos o un retorno en sueños a estados pasados apenas reales antes de esta —o de cualquier— existencia.

¿Y después? Después, nada durante mucho tiempo. En mis más tempranos recuerdos no figura una madre, no figura ningún ser humano. Todas las imágenes de las primeras y descoloridas páginas de mi memoria me muestran sólo a mí, siempre, únicamente a mí. Para ser más exactos, ni siquiera me muestran a mí, sino que todas las cosas aparecen penetradas por mi presencia, todas me miran, existen a través de mí, para mí. La hierba, el cielo, el amable techo moteado de sombras de mi habitación... Como si hubiese existido una época en la que yo hubiera sido el único ser humano en el mundo.

Hay una toalla de rizo caldeada por el sol, amarilla, sobre un césped verde perfumado de luz. Seguro que había alguien cerca, quien-

quiera que fuese, pero no he conservado el recuerdo. Sólo la toalla, el césped y el aire. De nuevo, el techo de la habitación, también amarillo, pero se va tiñendo de gris. Estoy acostado en mi cama —la funda de la almohada muestra un payaso de nariz roja y sonrisa crispada; se supone que a los niños les gusta, pero a mí me inquieta— y estoy mirando tras la ventana cómo las tinieblas se deslizan gota a gota del cielo. Pero una fina y larga línea de luz debajo de la puerta me habla de seguridad, de protección. Naturalmente, esa luz implica la existencia de otros, pero mi confianza parece basarse más en la propia luz, en su presencia y su poder. La luz, el sol. La inmensa pelota ardiente. Si la miras y luego cierras los ojos, sigue incandescente en la oscuridad y tardan mucho en apagarse las últimas llamas. He debido de mirar mucho, demasiado, el sol. Siempre ha estado ahí, aunque fuera con la forma de un resplandor bajo la puerta.

Más tarde, una lombriz, alargada y rojiza, en la parda tierra entre grandes flores de color. La recojo, la observo reptar sobre la palma de mi mano y entonces, con un interés extrañamente despiadado, la tomo por las extremidades y la parto en dos. La suelto. Las dos mitades caen al suelo y... siguen reptando, se estremecen, se retuercen, avanzan; dos seres independientes que no se conocen ni tienen nada que hacer juntos. Todavía hoy siento el horror, la fría descarga eléctrica y el hormigueo sobre mi piel. No un horror ante la muerte, sino al revés: ante la vida. Ante esa vida vil y sin sentido que puede partirse en dos y unirse de nuevo y dividirse, y que forma del barro

criaturas sin miembros. Ante la vida que aún es multiforme y rep-  
tante y hormigueante, cercana al suelo en la humedad y la sombra.  
Ante la vida que ni el orden ni la mente han tocado aún. La vida, y  
no la muerte, es lo más irracional, y nada en el mundo inspira más  
pavor que la pura vida sin muerte.

Hay más recuerdos, pero contradicen toda lógica. Me veo perdi-  
do en un bosque, rodeado de troncos negros de una altura infinita, y  
me siento correr, correr, tropezar, seguir corriendo hacia una pradera  
moteada por el claro de luna. ¿Quién me persigue? Me veo caer, una  
y otra vez, sobre rocas puntiagudas, rampas de escalera, en abismos  
de sombra o de luz. Siempre algo resulta ser frágil y cede, la tierra  
firme se balancea y me abandona inesperadamente al aire, a las pro-  
fundidades que se acortan con infinita rapidez, a la tierra que se acer-  
ca de manera vertiginosa. De nuevo insectos, de nuevo el sol, pero  
ahora llameando con inquietantes colores. Nada de esto puede haber  
sucedido; al menos no en aquella faceta de mi vida que se expande  
en la luz y la razón. Pertenece a la parte nocturna, al mundo de los  
sueños, que proliferan en torno a mi existencia y a toda existencia.

¿Y cuándo termina todo esto? Da la casualidad de que lo sé con  
exactitud. Estaba sentado en la alfombra observando uno de esos  
juegos pedagógicos que presentan agujeros en forma de estrella, de  
círculo, de triángulo y de cuadrado en los que hay que colocar la  
figura geométrica correspondiente. El reto consiste en darse cuenta  
de que una pieza sólo entra en un agujero que tenga su misma for-

ma. Bien, tomé un círculo y traté de meterlo en un agujero cuadrado; no se podía. Probé en el agujero triangular; no se podía. Probé en el agujero redondo... y encajó. Luego cogí el triángulo y miré la pieza y los agujeros, de nuevo la pieza... De pronto, todo cambió. Vi, sentí, supe, sí, supe que existía un orden, que a cada objeto multicolor le correspondía un lugar. Y que en alguna parte, en una región inaccesible, vivían un círculo, un triángulo y un cuadrado. Podría haber círculos aquí, allá y acullá, pero existía un único círculo verdadero. Así estaba yo, platónico de dos años, sentado sobre la alfombra, frotándome los ojos. A mi lado, una sonriente figura de madera con miembros articulados y un rollizo elefantito de peluche me observaban, deseosos de jugar. Pero ya no tenía ganas. Por descontado, nunca más volví a acercarme a la caja. Había descubierto su secreto, ya no tenía gracia. Pronto desaparecería en un cajón de algún polvoriento trastero. Sin embargo, le debo mucho. No quiero decir que las cosas cambiaran de golpe, pero creo que fue entonces, aquella tarde, cuando me convertí en un ser humano. Fue ese, y no un momento cualquiera, sangriento, lleno de gritos, de dolores y de horror, el instante de mi nacimiento.

Vine al mundo no hace aún treinta años, en una ciudad de mediano tamaño y un poco fea (algo ya de por sí bastante desagradable, pero es que, para colmo, recientemente me han nombrado hijo predilecto). Vine al mundo, por repetir la expresión, de una madre pero sin padre.

Hace unos años emprendí sin gran convicción algunas pesquisas, por simple curiosidad, no empujado por una íntima necesidad ni por violentas congojas del alma ni otras tonterías del género. «¡Querrás saber de dónde vienes!», me decía y repetía la gente. A lo cual no se me ocurría nada mejor que responder: «¿Por qué?». Bien, se afirma que nuestros orígenes determinan nuestra vida. Eso no es para mí más que un oscuro misticismo que intenta encadenar a los seres humanos a la tierra parda, a su sangre, a la colonia de células gregarias que forman su pobre cuerpo. Sea como fuere, esto es lo que descubrí.

Mi madre era muy joven, mucho más joven que tú ahora. Una chica, como dicen, de extracción humilde. Nací, no era oportuno y me dieron en adopción, todo esto entre tragedias de las que por fortuna no fui consciente. La amable familia Beerholm me acogió. Nunca he visto a mi madre. Nunca he sentido la necesidad de hacerlo. Pude haber ido a verla —un detective me proporcionó la dirección— y, en el fondo, aún podría. Pero ¿para qué? Soy adulto, no nos conocemos. Ella se sentiría obligada a llorar; a lo mejor, yo también, y en realidad sería una situación muy embarazosa para ambos. Por supuesto, podría hacerle preguntas sobre mi padre..., pero él no existe. En el acta de nacimiento no figura ninguno, nadie sabe quién es y hasta el detective se reveló incapaz de descubrirlo. Probablemente mi madre me diría de quién se trata... Pero la vida es experta en convertir las sorpresas en desilusiones; me encontraría con un ferro-

viario senil, un consejero de justicia, un general de artillería. No, me he acostumbrado a la idea de no tener padre. Y me gusta. Abre un campo soñado de luminosas posibilidades que de niño poblaba de héroes, astronautas y reyes, y al que después me gustó imaginar vacío. Es bueno no tener ascendientes.

¿Que cuándo descubrí que era adoptado? Pronto, muy pronto. No hubo revelaciones tardías, ningún momento de horror ni ilusiones rotas. A decir verdad, lo supe siempre. Y me daba igual.

Ella Beerholm, a quien yo presumiblemente llamaba «mamá» cuando empecé a hablar, era una mujer fuerte, de cara redonda y arrugada, con el pelo corto. Tiempo atrás, eso lo sé por las fotografías, fue casi hermosa. Mis recuerdos de ella son los más radiantes, cálidos y serenos que poseo. Desapareció pronto de mi vida, de la vida en general, y con ella terminó la época en que todo estaba en orden. Los pájaros en el cielo, la gente en la calle, los árboles en el horizonte y la lluvia por las tardes; todo esto, iluminado por su presencia, estaba en el lugar que le correspondía. Me resulta difícil resumir a Ella con palabras. Al intentarlo, me encuentro ante el hecho alarmante de que me queda poco, terriblemente poco de Ella en la memoria. Sus ojos, claro, su voz. Y enseguida su abrigo de piel, espeso, como confeccionado para hundir en él el rostro, y con un peculiar olor a naftalina, la fragancia de la seguridad. Vestida con ese abrigo iba a rescatarme a diario de ese lugar impregnado de estrépito y maldad que era la guardería. Era un horror indescriptible, cada

día renovado. Un tipo bajito —ya entonces me parecía bajito— me bombardeaba con bolas de chocolate que traía de su casa, donde su mamá se las preparaba expresamente para ese uso. Otro se sentaba en el suelo y comía piedras por docenas todos los días. No sé cómo sobrevivía. Un tercero intentaba romper las ventanas con una pala de acero. Todo esto bajo la vigilancia de una chica de diecinueve años desbordada que no paraba de gritar, que en esa época me parecía muy vieja y tonta. Era un infierno. Era el grado supremo de confusión, arbitrariedad e inseguridad, y nunca comprendí por qué Ella me lo hacía soportar cada día. Pero qué beatitud después, cuando volvía a recogerme.

Tuve el sarampión, pero pasó. ¿Debo acaso mencionar que fue Ella quien me cuidó hasta que recuperé la salud, quien me enseñó a montar en bici, quien me consoló cuando me rompí el brazo, quien —y con esto ya basta!— me contaba cuentos antes de dormir? Por cierto, cuando abandonó este planeta redondo y azul de mar, su marido tomó el relevo de contarme cuentos. Yo tenía entonces siete años.

La súbita muerte de Ella sobrevino en una región en la que el azar, la locura y la estadística convergen de la forma más desagradable. Ella Beerholm, la mujer a quien presumiblemente llamaba «mamá», fue, un amable día de primavera, fulminada por un rayo. Sé cuán pequeña es la probabilidad de que a alguien le ocurra algo así. (En lo que a mí respecta, sería más probable que me matara una bala de pistola o un ladrillo al caer, si no fuera por el privilegio que

tengo de saber, con exactitud y sin recurrir a cálculo alguno, dónde y cómo voy a morir). Sé también que cada año fallece cierto número de personas de esa forma tan ridícula, tan sublime. Fue la mala suerte de Ella encontrarse, sin razón ni culpa alguna, en ese grupo. La matemática es ciega. Esta es la observación desde el frío reino de los números y, como siempre, tiene algo tranquilizador. Muy distinta es la teológica: Ella era una persona apacible, útil y buena; la sierva del Señor. Pero el Cielo eligió el método más drástico y espectacular para quemar su corazón, para agujerear su cerebro, para lanzarla fuera del mundo.

Hacía un buen día, el cielo estaba azul y fuertemente abovedado, moteado de unas cuantas nubes refulgentes. Los pájaros volaban en círculos, las abejas zumbaban, algunos árboles estaban cubiertos de flores. Un estruendo lejano anunció la tormenta. Ella lo oyó y salió al jardín a recoger la colada que se estaba secando allí. Recoger la colada..., ¿existe alguna actividad menos apropiada para morir? Ella pisó el césped, dio un paso, otro más, una libélula la rozó zumbando, dio un paso más. Entonces se detuvo, tendió las manos y quitó del cordel una toalla recién lavada (tal vez incluso fuera la toalla amarilla, mi toalla, quién sabe; el destino ama las simetrías sin sentido). Y, en ese momento, sucedió. Desde un punto de vista científico: por razones atmosféricas existía una diferencia de potencial entre la carga de las capas superiores del aire y la de la profunda tierra oscura bajo los pies de Ella. Se formó un campo eléctrico, una presencia incorpórea

de fuerzas, de muda posibilidad, una brusca transformación de la nada en algo, del espíritu en poder; se cree que todo nuestro cosmos podría haber surgido de un campo así. Tal vez llegara a sentirlo como movimiento en sus cabellos, como una corriente de aire que tocaba su cuerpo, como una angustia lancinante en sus entrañas. Pero ya era demasiado tarde. En pocos momentos, la tensión aumentó monstruosamente, el deseo entre el cielo y la tierra creció hacia lo inconmensurable; y ya nada, ni unos pocos kilómetros cúbicos de aire no conductor ni tampoco el pobre cuerpo de Ella pudieron impedir la descarga de energía. Una columna de límpida luz brotó del suelo, un árbol de pura belleza incandescente se ramificó, creció, se extendió cientos de metros en el aire inmóvil, se heló por un momento breve, infinito, durante el que los ángeles contuvieron la respiración y el tiempo vibró. Entonces se apagó. Se precipitaron toneladas de aire en la pequeña grieta de vacío y el trueno avanzó sobre la tierra, rompió una ventana, sacudió un árbol e hizo llorar a un niño. La tensión se había equilibrado; el aire, purificado. Una libélula salió volando aliviada; ahora se sentía mejor. Empezó a caer una tibia lluvia de primavera, suave y refrescante, esa clase de lluvia que se añora durante el largo invierno. Y Ella yacía en el césped. La hierba bajo su cuerpo estaba reseca como tras una prolongada sequía. Algunos de sus órganos, como se comprobó más tarde, se habían derretido, literalmente, y una parte de su afable rostro se había diluido en el fuego.

**SIGUE LEYENDO**

A la venta: **04-05-2015**

**LA NOCHE DEL  
ILUSIONISTA**

Daniel Kehlmann



**LA NOCHE DEL ILUSIONISTA**

Daniel Kehlmann

Traducción de Helena Cosano

 NOCTURNA  
EDICIONES

**ISBN:** 978-84-943354-2-6. **PVP:** 14,50 €

 NOCTURNA  
EDICIONES

[www.nocturnaediciones.com](http://www.nocturnaediciones.com)

Distribución en España: UDL Libros ([www.udllibros.com](http://www.udllibros.com))  
Distribución en Latinoamérica: Azteca ([www.aztecadifusoradelibros.es](http://www.aztecadifusoradelibros.es))